

Organización Agrícola en el Ecuador

Conferencia del Agrónomo MIGUEL ASPIAZU CARBO,
(Dip. I. C. T. A.) para dictarse en la
Universidad Central de Quito, el 9 de Noviembre de 1.934.

Señor Rector. Señores:

Debo comenzar por agradecer profundamente el alto honor que se me concede al permitirme dirigiros la palabra desde esta Universidad. Tengo como única disculpa el sentimiento patriótico que me inspira para hablaros del trascendental problema de la organización agrícola en el Ecuador; y es de obli- paré en Quito para la disertación de hoy, lo pre- Noviembre último en la Universidad Central, cuyo personal directivo en su afán de difusión cultural, y aunque no tuviera yo mayores ejecutorias para ello, pidió gentilmente mi contin- gente: más, debido al ataque al Congreso por mercenarios exaltados, hube de excusarme ante la Universidad por la im- posibilidad de concurrir a la lectura de este trabajo, pues mi obligación primordial como representante por Los Ríos era asistir al recinto del Congreso Nacional a defender la dignidad Legislativa y el imperio de la Constitución. Luego por la serie de dificultades que se le crearon a la Universidad de Quito y que culminaron con el cierre de la misma, de nada sirvió la buena voluntad que hubiera para acordarse nueva fecha para presentar este trabajo, y ha sido sólo ahora, con motivo de ciertas gestiones para la organización de la Escuela de Agrono- mía en esta Universidad de Guayaquil, que por los conceptos que al respecto encierra mi trabajo sobre organización agrícola, se me ha brindado este sitio para que exponga esta contribu- ción mía en que hago un llamamiento a todos los sectores agrí- colas, para fortalecer la actividad nacional. Comenzaré revi- sando su aspecto pasado, para proseguir con el análisis del presente, ver las necesidades del futuro, y en consecuencia terminar con algunas ideas generales sobre el plan de organi- zación agrícola.

PRIMERA PARTE

NECESIDAD DE ORGANIZACION AGRICOLA.

Con profundo espíritu sociológico dijo Lamartine que "el primer surco abierto por el hombre en la tierra, fue el comienzo de la civilización". Por ello es que, si deseamos comprender mejor nuestra realidad social, debemos comenzar por ver el estado de nuestra agricultura, que es, en todo caso, y en todo tiempo, la que determina la posibilidad de subsistencia de los pueblos.

Basta una somera mirada hacia la historia de todos los pueblos para comprender que las naciones surgieron cuando los hombres comenzaron a tomar hábitos sedentarios de vida y de cultivo; y así, todo pueblo que, al través de los tiempos, ha tenido un apogeo en su vida, siempre lo fué el de su auge agrícola; prolongándose tal auge, vino la riqueza, que luego llevó al campesino a buscar la molicie y la alegría de la ciudad, y si en élla después sus descendientes se han descuidado del agro, la consecuencia lógica ha sido la pronta decadencia de tal pueblo y el efímero desaparecer de la cultura.

Es así como vemos que el progreso humano varía en cada sector, según como la ciudad ha sabido y sepa cuidar del campo; si lo descuida o lo tiraniza, la ciudad se estanca y decae; si lo engríe y se esmera por él, la ciudad cobra más fuerza y más vigor y su influencia se expande.

Con sentido cabal de estadista, expresaba el mismo concepto, Dn. Theodoro Roosevelt, al decir que "ninguna nación ha podido obtener una grandeza duradera, si esa grandeza no se ha fundado en la prosperidad de la gran clase agrícola; de los hombres que viven en la tierra. Sobre su prosperidad moral y material, descansa en último término la prosperidad de una nación".

I

NUESTRO PASADO.

Primera época:

Cuando los conquistadores españoles se lanzaron a través de los mares, vinieron sólo con la sed de descubrimiento y de codicia, que causaron la enorme sangría cultural de la España y desmenó sus fuerzas y su vigor por todos los continentes del mundo. La primera labor que efectuaron en cada uno de los países descubiertos y conquistados, fué una labor de piratería, en lo que se refiere a la explotación; porque el europeo, al llegar a nuestras playas, sólo se contentó con arrancar a los nativos, cuanto más pudiera, para llevar a la metrópoli un botín, que le permitiera una vejez despreocupada y perfectamente protegida por los tesoros así obtenidos.

En el Ecuador vemos que la primera época de la conquista, en el aspecto agrícola, es simple y llanamente una explotación nómada de todos nuestros productos y de todas nuestras riquezas. El español tomó cada producto del Nuevo Mundo, con las leyendas de las maravillosas aplicaciones que tenían por parte de los indígenas, y sólo se preocupó de extraer cuanto más podía de las selvas, devastando su riqueza natural. Toda su labor se redujo: a la tala de los bosques, para la explotación de las maderas destinadas a las construcciones rudimentarias de la colonia; a introducirse por las selvas, para arrancar de ellas el cacao, la cascarilla y tantos otros productos que encontraban en forma espontánea y silvestre, o de rudimentario cultivo de los indígenas.

Vemos, pues, que en esta primera época, toda la actividad agrícola en nuestro suelo, se reduce a aprovecharse de la obra de la naturaleza y de la obra embrionaria de los incipientes pueblos que habitaban estas tierras de América, incipientes, digo, en relación a la cultura de los conquistadores iberos.

Segunda época:

La segunda época es la que se inicia con lo que podemos llamar la verdadera colonización de nuestro suelo. Algunos españoles que vinieron con codicioso anhelo de riquezas, fracasaron en sus intentos, por falta de recursos materiales, o por contingencias y adversidades de la política rudimentaria y tirá-

nica conque se efectuaba la colonización; otros guardando siempre en espíritu la esperanza de un no lejano triunfo, llegaron a radicarse en uno u otro lugar de nuestro territorio y se vieron obligados a iniciar una colonización estable, que es la que en definitiva llega a transplantar a América la cultura ibérica.

Esta colonización trae consigo, inevitablemente, la necesidad del cultivo que, en primer término, se refiere a asegurar los medios indispensables de subsistencia, y que, luego, cuando la demanda europea crea un incentivo comercial para la explotación de los productos tropicales, se encauza en el sentido de cultivar establemente los productos más apreciados por los europeos, como eran el tabaco, el cacao, y tantos otros productos que constituyen luego poderosas fuentes de riqueza en el trópico.

Estas necesidades de un cultivo estable se desarrollan a base del más perfecto empirismo y de la rutina, pues en aquella época, los fabulosos precios de venta dejaban tan amplio margen de utilidad, aunque las formas de cultivo fuesen absolutamente deficientes, que hasta el más incapaz en esta materia hacía grandes fortunas.

Esta segunda época se extiende en el Ecuador, por todo el largo período que va desde los comienzos del siglo XVII hasta los comienzos del siglo XIX.

En la mitad de tal época, las invasiones piráticas a nuestras costas, llegan a constituir un nuevo incentivo para el impulso agrícola, puesto que las poblaciones establecidas en los grandes puertos, se vieron obligadas a internarse en las selvas en busca de una mayor seguridad personal.

El hecho cumbre que indujo enormemente a fomentar nuestro desarrollo agrícola, en especial en lo que se refiere a la Provincia de Los Ríos, fué la invasión pirática de 1.687, en que entrada a saco Guayaquil, fué vilmente ofendida toda su población. Es en este tiempo que, como consecuencia lógica, vemos a todas las grandes familias coloniales de Guayaquil, huir del puerto principal e internarse en poblaciones, entonces muy primitivas, como Daule, Baba, Bodegas, (hoy Babahoyo), Palenque, Santa Lucía, Balzar, Caracol, Pimocha y algunas otras de nuestra costa.

Cosa igual sucedió en la Provincia de Manabí, y así también se fomentó, y, en algunas partes, se originó la colonización interior.

Recluidas en lugares apartados y primitivos y sin mayores medios de comunicación, todas aquellas familias, ya no solamente tenían el interés, sino el deber de laborar con todo empeño por el desarrollo agrícola, lo que hizo enorme peso en la colonización más metódica y eficiente del campo.

Tercera época:

Ya en los albores de la independencia, el desarrollo del consumo europeo, la apertura de nuevos mercados en el mundo, la vida más intensa y civilizada, el empleo de los nuevos medios de transporte que trajo al mundo el siglo XIX, empujaban los países del Continente de Colón, a un desarrollo mercantilista que crea una enorme sed de remuneración y una vasta posibilidad de riqueza.

Todo el que se esfuerza, todo el que negocia; hace fortuna. Esta realidad produce una profunda fé en el éxito, y trae como consecuencia, el deseo inmoderado de aumentar la producción, lo que se traduce, en nuestro medio, en una intensa labor agrícola, que es el origen de la formación de nuestras grandes fortunas del siglo pasado y que, en fin de fines, han constituido el aporte más valioso y práctico para el mantenimiento de nuestra independencia económica y política. Este desarrollo agrícola fué de carácter especialmente empírico, si bien es cierto que era la base para el delineamiento de una técnica que iba creando entre nosotros, subconscientemente la experiencia.

En tal época tratándose de países nuevos, extensos, naturalmente fértiles y con una enorme falta de brazos, conocimientos y capitales, la única forma de poder comenzar un fuerte desarrollo agrícola, era aquella que se somete al cultivo extenso, y no al cultivo intensivo.

Tenemos el caso práctico del desarrollo de nuestra industria cacaotera, que de 100.000 cargas en los comienzos del siglo XIX, sube rápidamente y llega a más de 800,000 quintales a fines del mismo siglo. Condiciones excepcionales permitieron este desarrollo monumental, ya que siendo el medio y el suelo, extraordinariamente propicio para el crecimiento del cacao, y no existiendo entre nosotros enfermedades graves que afectaran a tal cultivo, su desarrollo sólo fué el resultado de la metodización en la labor y de la perseverancia en élla.

El consumo creciente en los grandes centros europeos respaldó en todo momento la acción de fé que realizaron nuestros

antepasados del siglo XIX. Y si bien es cierto que por entonces no hubieron problemas especiales que resolver, tuvimos entre nosotros espíritus previsivos, que, conocedores de la forma como se orientaba la labor agrícola en los viejos países de la Europa, se preocuparon del futuro de nuestra agricultura.

Rocafuerte se afanó por crear un instituto agrícola, instituto que, desgraciadamente, no perduró mucho tiempo, ante todo, porque la técnica agrícola tropical no se había sistematizado científicamente, pues sabido es que son, de modo principal, los grandes problemas, los que crean la conciencia necesaria para saber encontrar las soluciones adecuadas que ellos requieren.

Esos primeros pasos de un gobernante previsivo, tuvieron su repercusión posterior. En 1.847 se establece en Guayaquil la Junta de Agricultura, cuyos principales fines eran: 1º, promover la mejora en el cultivo y beneficio de los frutos que se cosechan; 2º, buscar la mejor forma y los medios para la aclimatación de plantas y frutos útiles que vengan a tonificar más nuestra agricultura y a crear nuevos renglones de exportación, y 3º, laborar por la limpieza de los ríos, por la apertura de caminos, por la construcción de puentes, por las obras de riego y de drenaje y por todas las demás actividades que tuvieran interés y aplicación agrícola. Pero nuestra turbulenta vida republicana y la prosperidad ininterrumpida de la industria caocera, hicieron que tan bellos móviles y tan nobles propósitos no se sistematizaran, y que no se llegara a realizar, en ese campo, ninguna labor material positiva.

En toda esta tercera época de nuestro pasado agrícola, el Estado prospera de las riquezas que da la tierra y que levantan los agricultores, sin que el Estado jamás se preocupara por hacer nada que tienda a fortalecer las bases de sustentación de esa industria que alimentaba su vida. Podemos sintetizarla, diciendo que nuestra agricultura prospera y se desarrolla, a pesar de todos los esfuerzos que en su contra hace el Estado, ya que la financiación de este es siempre a base de tributos y cupos a todas las formas de la actividad agrícola.

Es solamente en los albores del siglo XX, cuando esporádicamente vemos en nuestra legislación ciertos intentos de proteger algunos renglones de nuestra exportación, desconcertados ya por la competencia de otros países. Y así, en el año 1.902, comienza a discutirse activamente en el Congreso, una Ley que prohíbe la tala de árboles de caucho, es decir, su

destrucción total, y establece premios para quienes los siembran de un modo metódico y bien orientado; Ley que, a pesar de su laudable fin, no llegó a convertirse en realidad, por cuanto, aunque fruto de una aspiración patriótica bien intencionada, no era el resultado de un metódico estudio del problema.

II

NUESTRO PRESENTE

Veamos someramente las condiciones que nos llevan a la situación de desconcierto y de descalabro agrícola en que hoy nos encontramos.

1. — Intereses europeos contra los latino americanos:

Durante todo el siglo XIX se intensifican enormemente los negocios de los europeos y el consumo creciente de los productos tropicales de los nuevos países de la América. Los astutos economistas de Europa, comienzan entonces a reparar en la necesidad de liberar a sus naciones de la servidumbre económica que las nuevas costumbres y las nuevas necesidades van imponiendo a sus pueblos respecto de los jóvenes pueblos de América. Y es entonces cuando agudizan su ingenio, aprovechan todos los medios de guerra y de diplomacia que poseen, para dedicarse a la conquista del Continente Negro y, como lo han llegado a realizar ya, oponer el África a la América, el negro al criollo, el colono al independiente.

Y esto lo hacen estudiando sistemáticamente la forma que deben proceder para librarse de nosotros, y dedicando algunos de sus mejores cerebros al estudio de los problemas agrícolas tropicales, para crear una nueva técnica y no verse, en ningún caso, en brazos del fracaso.

Un ejemplo de esto es el caso de la quinina. Inglaterra envía a la América, misiones que recorren las selvas del Ecuador, Perú y Bolivia, como la de Sir Clement Markham, que van recogiendo cuidadosamente semillas de las diferentes clases y variedades de árboles de quina, y, a pesar de todas las prohibiciones aparatosas, y no efectivas, dictadas por nuestros incipientes gobiernos, esas semillas transponen nuestras aduanas, y fructifican. — a través de los tiempos —, en una nueva industria de la quinina en la India y en Ceylán, pero que, por supremacía científica y cultural, llega prontamente a ser arrebatada

por Holanda, culminando en la situación floreciente en que hoy se encuentra en las Islas Neerlandesas, especialmente, en Java y Sumatra, que conjuntamente controlan el 80% de la producción mundial de quinina. Los métodos de industrialización científica que se emplearon, hicieron que el costo de producción de este artículo en esas regiones y la calidad misma de ellos lo pusieran en condiciones tan superiores en la competencia internacional, que rápidamente en la América Latina, declinaron las exportaciones de nuestro producto espontáneo, y comercialmente perdimos ese importante renglón de riqueza.

Igual fué el caso del café. Inglaterra trató de desarrollar en Ceylán y en algunas colonias del Africa, una industria cafetera para oponerla a la del Brasil y a la de otros países de América meridional y Central, labor que aún no ha tenido sus frutos decisivos, porque, en ciertos casos, la naturaleza ha sido hábil protectora de nuestra economía, y así, la terrible plaga o enfermedad de las hojas del cafeto, conocida con el nombre científico de *Hemileia vastatrix*, arruinó la ya floreciente industria cafetera de Ceylán. Pero el peligro respecto del café aún no desaparece, porque poco a poco se van levantando en el centro del Africa, nuevos y enormes sembríos científicos de café, que tienden a liberar al Imperio Británico, a Francia y a Italia de su servidumbre económica hacia América por el consumo de este producto.

¿Y quién no sabe lo que pasó con el caucho? Nuestra incuria, nuestra codicia y nuestra mala fé, fueron llevadas a la excelcitud, y casos se deben en que las bolas de caucho que se exportaban, eran unas masas informes de caucho bruto con piedras, tierra, basuras y cuanto más era posible agregar. Los reclamos de los importadores extranjeros no sirvieron de nada; cerramos nuestros oídos a ellos, y como el caucho iba día a día teniendo mayores aplicaciones industriales, este mismo interés industrial hizo que los grandes manufactureros europeos gestionaran activamente la mejor forma de levantar una industria propia y realizar un eficiente desarrollo cultural y agrícola de este producto, que les asegurara la calidad y cantidad del mejor caucho. Inglaterra tomó la directiva en este movimiento; misiones de botánicos recorrieron la América y, después de estudiar las diversas variedades de caucho existentes en nuestras selvas, llegaron a la conclusión de que el mejor caucho era el del Pará. (*Hevea brasiliensis*). Informado el Gobierno Brasileiro de los deseos y de los intentos británicos, de llevarse

las semillas de este árbol silvestre de las riberas del Amazonas, dictó una prohibición especial para su exportación; pero por medio de un trabajo paciente y a costa de mucho dinero, y luego, en un barco especialmente fletado, sacaron piráticamente las semillas que fueron llevadas hasta Inglaterra, transportadas desde el puerto en un tren hasta los Jardines Botánicos de Kew, cerca de Londres; germinadas cuidadosamente las semillas, se repartieron luego, las plantitas en todas las colonias del Imperio Británico; más tarde, intensificada su producción en el Estado Federal de Malaya, vimos como este producto científicamente cultivado, llegó a desarrollarse de un modo tan prodigioso, que, a pesar de la creciente demanda, por el fantástico desenvolvimiento de los medios de transporte automóviles del consumo, que los precios bajaron estrepitosamente y hubo de dictarse medidas especiales para restringir la explotación de las plantaciones de Malaya que producía cosa del 10% del caucho mundial. En cambio, la industria del caucho silvestre de América, prácticamente ha muerto y si, por una u otra contingencia repentina, en un momento dado, pueden ofrecerse cotizaciones interesantes para exportar ciertas cantidades de nuestro producto, mientras no modifiquemos nuestras formas de cultivo, no tendremos mayores esperanzas de continuar una exportación estable del caucho.

Algo parecido ha sucedido con la exportación del henequén mejicano del Yucatán. Poco a poco, Inglaterra ha desarrollado en el centro del Africa una industria tan fuerte que le libere del enorme desembolso que por tal concepto tenía forzosamente que realizar en favor de Méjico.

Lo mismo se trató de hacer con los sombreros de Jipijapa, los mal llamados sombreros de Panamá; e Inglaterra fué una de las primeras en tratar de desarrollar esta industria en Jamaica, hasta donde llevó tejedores ecuatorianos. Y si hoy que el Japón se levanta amenazante en contra de esta industria nuestra, no nombramos una Comisión Especial que estudie el problema agrícola y comercial que afecta al sombrero de Manabí, corremos el inminente peligro de que, a la vuelta de pocas décadas, hayamos perdido nuestra situación privilegiada en los mercados mundiales respecto de este producto que tanto orgullo nacional nos causa, y que constituye el medio de subsistencia de grandes regiones de nuestra República.

El caso del cacao es otro caso típico de lo que puede con-

seguir el desarrollo consciente de una industria. A mediados del siglo pasado, era el Ecuador el principal productor mundial, tanto en cantidad como en calidad, de este apreciado artículo. Fué Inglaterra también, la que entonces tomó la directiva para quitarnos la égida económica que teníamos por este concepto; comenzó a fomentar en las Antillas y siguió fomentando en el Africa con más impulso aún, la formación de extensos cultivos de cacao, lo más racionalmente posible; laborando a base de mayor previsión, e indudablemente, a base de nuestra propia experiencia, y de la abundancia de mano de obra de ellos. Francia siguió este movimiento, y así hoy, las antiguas selvas que bordeaban el Golfo de Guinea en las Colonias de Accra, Lagos y la Costa de Marfil, dan cerca de 75% de producción cacaotera mundial. Nos han quitado la égida en cantidad, y nos la quisieron quitar en calidad; y para esto, los ingleses llevaron cuidadosamente en 1.917 a Jamaica nuestras semillas, y con igual cuidado las sembraron y las cosecharon, pero felizmente para nosotros, la naturaleza ha sido nuestra buena aliada, y la calidad del fruto que la planta originaria de este país ha dado en otro suelo, ha sido perfectamente diversa del que rinde cuando está sembrada en nuestro territorio, por lo cual está detenido por el momento el anhelo de quitarnos la situación preponderante que ocupamos como los productores de la mejor variedad de cacao en el mundo, cacao que por su aroma y por su sabor se hace indispensable en la manufactura de toda clase de chocolates finos. Este hecho nos coloca en una situación de preponderancia que no debemos desperdiciar, y por lo cual, debemos esforzarnos desde ahora mismo por laborar la calidad del "cacao nacional", y al propio tiempo restablecer cuanto antes, y con los medios más eficientes, nuestras devastadas regiones cacaoteras, para las que sólo hemos tenido las más gravosas restricciones del Estado, sin hacer nada efectivo por ellas, a pesar de que el cacao ha constituido y aún constituye nuestro más fuerte baluarte para el mantenimiento de la vida nacional y de la independencia económica del país.

Hasta hoy, la América Latina, dividida en múltiples Estados y siguiendo una política de indolencia, de esa indolencia efecto de la opulencia, no ha buscado una forma efectiva de cooperación en la defensa común, no sólo de su economía, sino de su cultura y de su raza. Ha llegado el momento de que cuanto antes busquemos los medios de una cooperación efectiva, por lo menos en lo que se refiere al estudio de nuestros proble-

mas materiales, haciendo que las investigaciones y publicaciones que se efectúan en uno u otro lugar, sean utilizadas en común, más eficientemente, para la defensa de nuestro Continente. Debemos encontrar los medios más apropiados para servirnos mutuamente con nuestras estadísticas, con los datos de precios que obtengamos y con muchos otros aspectos, pero sobre todo, en las búsqueda de mercados para nuestros productos, lo que debe realizarse en tal forma que nuestros deficientes servicios consulares puedan constituir en el mundo una cadena irrompible para el mantenimiento de nuestra vida en el porvenir.

Ya hemos visto como, aprovechándose de excepcionales condiciones y circunstancias, tales como la mano de obra baratísima que ofrecen los pueblos salvajes del Africa, los europeos han podido crearnos una pequeña competencia para nuestros productos, que han hecho surgir de un momento a otro, asistida por el estudio y dirigida por la ciencia. Tras ello, dado el estado colonial de los países en los cuales se ha desarrollado e intensificado esa producción de artículos de competencia para los nuestros, y el hecho de que nuestros mejores mercados consumidores han sido las metrópolis de esas colonias, han llegado a consolidar la situación mediante tarifas preferenciales, creándonos problemas profundamente difíciles. Los países de Europa han sido siempre los consumidores por excelencia de los productos americanos, y casi todos ellos, tanto los que son, metrópolis de esas colonias como los que no son, tienen entre sí tratados comerciales a base de la cláusula preferencial de la nación más favorecida, con lo que nos encontramos ante un problema enormemente grave para nuestros productos, máxime si nos damos cuenta de que el control universal de fletes marítimos está radicado en la Conferencia Naviera de Londres, que es la que fija las tarifas específicas a cobrarse por cada producto que se transporte de uno a otro puerto del mundo, con lo que Inglaterra puede siempre fácilmente efectuar el mayor "boycott" de los centros productores que le interesa eliminar.

2. — *Causas del desastre del cacao:*

Ya que hemos hablado del cacao, miremos de un modo general cuales han sido las causas que han llevado a esta industria al descalabro actual, para sacar las conclusiones de como debemos orientarla en el futuro.

En un párrafo anterior dejamos perfectamente establecido